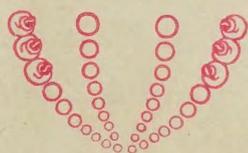


AÑO I

NÚMERO 1.º



RÁFAGA LITERARIA



LA CONQUISTA DE BERLÍN"

"PALIQUE"

¡Bienaventurados, los que lloran!

RAFAEL PÉREZ
DEL CASTILLO

30 Cts.

Presentación

Con peligro de muerte ve la luz pública esta ráfaga literaria como otras tantas publicaciones, que sucumbieron en esta bendita tierra ante la heladora indiferencia popular, a costa de sacrificios de aquellos soñadores que anhelaban su esplendor.

Aquí se corre un mayor riesgo por comenzar con trabajos del que debiera figurar en último lugar.

Hace ya muchos años, que unas veces solo y otras con mi celebrado colaborador Perico Pérez Fernández, recibí el halagador aplauso de mis benévolos paisanos. Reciban ellos estas modestas páginas y al mismo tiempo el cordial saludo del

AUTOR

30-1-926.

**En el próximo, el idilio teatral EL SOL DE LA PASCUA
de nuestro poeta José Muñoz San Román.**

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T, EORRÁS

N.º de la procedencia

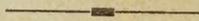
4379

LA CONQUISTA DE BERLIN

723178

PERSONAJES

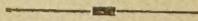
GENERAL.	Anciano de 70 años.
AURORA	Joven de 15 años.
DOCTOR	Hombre de 40 años.



LA ACCIÓN EN PARÍS. — AÑO 1870.
EN LA GUERRA FRANCO - PRUSIANA



LAS INDICACIONES DEL LADO DEL ACTOR



BOCETO INSPIRADO EN UN CUENTO
DE ALFONSO DAUDET

”LA CONQUISTA DE BERLÍN”

ACTO ÚNICO

Gabinete elegante, conociéndose en sus detalles que habita la casa un militar de alta graduación. Puertas laterales, y al fondo balcón practicable con persianas. Panoplias con diferentes armas, entre ellas una tercerola. Mesita con recado de escribir. Sillón de enfermo. Es de día.

ESCENA PRIMERA

AURORA y el DOCTOR.—Aquella sentada.

DOCTOR. ¡Pobre niña, cuánto sufres!
AURORA. Y ya me falfan las fuerzas.
Yo misma no me conozco
al verme en esta comedia
para hacer ver a mi abuelo
el triunfo de nuestra guerra.
¡Desgraciado! ¡Qué amargura
si supiera lo funesta
que es la suerte en el combate
para las armas francesas!

DOCTOR. Nada, Aurora, ten valor
y saca de nuevo fuerzas,
que es el único recurso
que para salvarlo queda.
Bien sabes tú que su edad
mal presagio nos revela
para ese glorioso abuelo
que aun soñando está en la guerra

- alcanzando la victoria
que aun despierto el pobre sueña.
- AURORA. Es verdad, por él lo hago,
porque ese final me aterra.
- DOCTOR. Y gracias que se libró
días pasados de una buena...
- AURORA. Doctor, cuando lo recuerdo
todavía mi cuerpo tiembla.
Estaba de buen humor,
cogió el Boletín de Guerra,
repasando sus columnas
estando de sobremesa;
preveía la victoria
y ansioso buscaba verla,
cuando sus ojos leyeron
la fatal derrota inmensa
de Wisembourg que traía
en el pie de la reseña
al fiero Napoleón
vencido en la tal refriega.
Dió un grito. Se levantó,
y su cuerpo cayó en tierra.
- DOCTOR. Fué un verdadero milagro
que del ataque saliera.
Pero si otro le repite
la hemiplegia se lo lleva.
- AURORA. ¡Y qué será de mi padre
sin noticias verdaderas!
Mac-Mahon en retirada,
no se sabe donde queda;
y mi padre va con él
desde que empezó la guerra.
Pues las engañosas cartas
que al abuelito contentan
cuando las escribe usted
como cruz a mi me pesan.
¡Qué triste tiene que ser
su situación verdadera!
- DOCTOR. Ánimo; que esos pesares
pronto tendrán recompensa.
- AURORA. ¡Cállese! Que ya está aquí
el abuelo de mis penas.
- DOCTOR. Ten valor, mucho valor.
- AURORA. Empezemos la comedia.

ESCENA SEGUNDA

Sale el GENERAL por la derecha apoyándose en un bastón. Tipo de noble militar, con visibles huellas de enfermo y sacando fuerzas de donde ya no existen.

GENERAL. ¿Todavía está aquí, doctor?

DOCTOR. Sí... estaba charlando un rato...

AUR. (Rápida) Le estaba haciendo el relato de proezas de valor.

DOCTOR. Quería verlo levantado; y me entretuve un momento por ver si el medicamento por completo le ha aliviado.

GENERAL. Su ciencia puede servir de mucho bien al paisano pero no así al veterano que otra ciencia hace vivir. La que el espíritu tiene que levanta al más caído y hace al joven decidido y a la vejez la sostiene. Lo digo, mas no es en vano, que sin hacer violencia me encuentro con resistencia para conquistar un plano.

(Pesaroso). ¡Ay, si de mi edad restara diez años únicamente, como joven diligente cuántos prusianos matara! Hoy me pide el corazón con insistencia luchar y gozarse en escuchar el zumbido del cañón. Yo general coracero a su frente iría mandando en mi bruto cabalgando con ardor bélico y fiero. Formando doble cordón los correría dando sesgo sin temor de correr riesgo el valeroso escuadrón. Y allí unidos como hermanos fieros golpes sacudiendo concluiríamos rompiendo las filas de los prusianos. Si el enemigo doblaba nuestras fuerzas, yo aplomado arengaría a aquel puñado que el valor multiplicaba diciéndole que el morir en un acto tan honroso

es mil veces más hermoso
 que eternamente vivir.
 ¡Demos fin de los prusianos
 aunque perdamos la vida
 porque la Francia querida
 está puesta en nuestras manos!
 ¡Hijos valientes, miradme
 por si acaso retrocedo;
 para castigar el miedo
 no teneis más que matarme!
 Y en menos que yo lo cuento
 en infernal gritería
 se haría una carnicería
 que horroriza al pensamiento.
 Es un ejemplo del caso;
 dígame franco, doctor,
 si teniendo tal valor
 ¿quién se opondría a nuestro paso?
 DOCTOR. Indudable, la victoria
 teniendo tal general
 y soldado tan leal
 como el que cuenta en su historia.
 GENERAL. Hay jefes con mucho honor
 por lo que espero orgulloso
 ver al francés victorioso
 de Berlín dueño y señor.
 AUR. (al Dr.) ¡Pobre abuelo! Está soñando.
 DOCTOR. General, hasta la tarde.
 GENERAL. Que me contará si arde
 la plaza que están sitiando.
 DOCTOR. Le traeré los resultados
 del triunfo que nos espera.
 (Aparte). ¡Pobre anciano, si supiera
 que hemos sido derrotados! (Vase).

ESCENA TERCERA

Dichos menos el Doctor.

AURORA. Te encuentro bien, abuelito.
 GENERAL. Hoy casi me creo un muchacho
 con sólo saber los triunfos
 que alcanzan nuestros hermanos.
 AURORA. Gracias a Dios que te veo
 con tu buen humor pasado.
 GENERAL. Tan solo una cosa siento;
 y es no leer los despachos
 que trae el Boletín de guerra
 con todos sus bellos datos.
 AURORA. Y es consejo muy prudente
 que haces bien en acatarlo;

pues la prensa sufre errores
que causan gran sobresalto
y a una edad como la tuya
no dan muy buen resultado.

GENERAL. Tú lo mandas, yo obedezco.

AURORA. Y debes hacerme caso
porque ya tengo juicio.

GENERAL. Puedes ocupar el cargo
con orgullo por tener
un general a tu mando.
¿Obedecerá el teniente
que se merezca tu mano
a la que tanto ahora manda?

AURORA. Si soy razonable, claro.
Yo siempre combatiré
lo que me parezca malo.

GENERAL. ¿Y si ataca fieramente?

AURORA. Le formo muy pronto el cuadro.

GENERAL. Ya comprendo necesita
que sea muy justo soldado
para que sepa apreciar
alhaja que vale tanto.

AURORA. Al no ser como mi abuelo
de seguro no me caso.

GENERAL. Y será de los que ahora
por su patria están luchando
pues no creo que se acerque
quien en acciones no ha entrado
aspirando a ser familia
de militares bizarros.

Ya saben por mí la historia
de ilustres antepasados
y no digo de tu padre
porque no ha finalizado
de ganar gloriosos triunfos
con los vencidos prusianos.

AURORA. No toques al porvenir
que me da miedo augurarlo.

GENERAL. Pues vamos ahora a escribirle
y daré consejos, sanos
que estará el pobre impaciente
nuestra respuesta esperando.

AUR. (Aparte). Las cartas que nunca llegan
contristan mi pobre ánimo. (Se dispone a escribir).

(Alto.) Ya estoy dispuesta, abuelito;
empieza ya tu dictado.

GEN. (Dictando) Querido hijo mío del alma:
En cuanto recibas esta
dame pronto la respuesta,
pues no puedo tener calma.
Hijo, con cuánto cariño
veo tu campaña gloriosa.



*Extienda nuestro confín
vuestro valor arrogante
yo considero bastante
con que se tome a Berlin.*

Dibujo de LAFITA.

he de decirte una cosa,
y es que lloro como un niño. (Llora.)

(Pausa en la cual Aurora se seca las lágrimas disimulando).

Extienda nuestro confín
vuestro valor arrogante
yo considero bastante
con que se tome a Berlín.
Y cuando esté conquistado
sé noble con el vencido,
porque ese honor recibido
perteneció al derrotado.
Respeto su propiedad
y haz que del botín no abusen
que no quiero que os acusen
de gérmes de maldad.
No te sientas orgulloso
ni olvides que eres francés,
pues quien perdona después
es dos veces victorioso.
No procures de criados
a alguno de los vencidos,
pues seríamos maldecidos
al verse en su honor manchados.
Por el contrario, sé amable
y emplea sentimientos bellos
procurando ser para ellos
una carga soportable.
Cuando la paz se proclame
el gobierno llevará
nobleza, y evitará
le den dictado de infame.
Creo serán las condiciones
de indulgencia en lo que cabe,
pues ya toda Europa sabe
cómo son los corazones
de los franceses gloriosos,
que aunque el furor del combate
el odio en ellos desate
en la paz, son generosos.

AURORA. No me dicte tan ligero
GENERAL. Comprendo me he entusiasmado
al considerarme honrado
por los míos que tanto quiero.

(Se oyen unos cañonazos lejanos.)

GEN. (Escuchando) ¿Oyes, nieta, ese ruido?

AURORA. Yo, nada. (Aparte. ¡Dios poderoso!

GENERAL. Y me pone tembloroso
lo que percibe mi oído.

AURORA. (Tratando de quitarle la mala impresión).
Esos serán los porrazos
de la fábrica de enfrente.

GENERAL. ¿Pero tú me crees demente?
lo que oigo son cañonazos.

ESCENA CUARTA

Dichos y el DOCTOR por la izquierda.

DOCTOR. (Nervioso). ¡Aurorita! ¡General!

GEN. (Al verlo). ¡Doctor!

DOCTOR. Vengo emocionado.

AURORA. (Con desaliento, pero disimulando).

¿Qué pasa?

GEN. (Emocionado y con ironía). ¿Qué es lo que suena?
Nos están bombardeando.

DOCT. (Disimulando también).

No parecéis veterano
al hacer esa pregunta
que es lo mismo que insultarnos.

GEN. (Con gran interés).

¿Entonces esos cañones
que ahora mismo están sonando...?

DOCT. (Jugando el todo por el todo).

Son salvas que alegre anuncian
que Berlín se ha conquistado.

GEN. (Con gozo febril).

¿Qué me dice? ¿Será cierto?

DOCTOR. Si el gozo me impide hablarlo
con el tono que merece
un tan grandioso relato.

GEN. (Con alegre emoción).

Por fin lo que yo soñaba
me lo encuentro realizado.

AUR. (Pesarosa). (Aparte).

¡Ay, qué angustia me da a mí
ese episodio tan grato!

GENERAL. Nieta, verás a tu padre
con el primer entorchado. (Se dirige a la derecha muy decidido).

AUR. (Inquieta). ¿Pero, adónde vas, abuelo?

DOC. (Inquieto). ¿Piensa usted salir acaso?

GENERAL. A vestirme el uniforme
que usaba en tiempos pasados;
para estar como se debe
en un suceso tan fausto.
Doctor, ¿vé usted como ganan
en las guerras mis soldados?
Si estoy loco cuando pienso
cómo van a celebrarlo.
Yo daré... lo que me pidan
para levantar un arco;
y la Historia apreciará
el triunfo, que es el encanto
de toda Europa ahora mismo
que nos está celebrando. (Mutis por la puerta derecha).

ESCENA QUINTA

Dichos menos el General.

DOCT. (Volviendo a la realidad).

¡Pobre General! Da pena
ver este contraste amargo.

AUR. (Volviendo a sus pesares).

Sus engañosas palabras.
en mi pecho se han clavado;
dígame usted sin temor
si están aquí los prusianos...

DOCTOR. Están ya frente a París
con los nuestros peleando...

AURORA. Es decir, ¿que puede ser
que muy pronto hayan entrado?

DOCTOR. Siento decirte...

AUR. (Con entereza). No tema.

DOCTOR. Que esos fuertes cañonazos
son los últimos recursos
que agotan nuestros soldados.
Una horda formidable
ahora nos está cercando.

AURORA. ¿Y los nuestros no resisten?

DOCTOR. Nuestra gloria ha fracasado
el pueblo se muestra débil
y no le importa el fracaso.

AURORA. ¡Ay qué amargo es ser vencido
sin poder morir luchando!

DOCTOR. Serénate, pobre niña.
Si no pasaras mal rato
podrías ver, quizás ahora,
a un herido veterano
que te daría noticias
de tu buen padre.

AUR. (Con interés). ¿Está abajo?

DOCTOR. Sí.

AUR. (Impaciente). ¿Qué le ha dicho, Doctor?

DOCTOR. Dice que por arrojado
lo han cogido prisionero...

AUR. (Fuera de sí). ¡Ay de mí, que no lo salvo!
quiero que me cuente toda
la verdad del trance amargo.

(Vase corriendo por la izquierda y el Doctor la sigue).

ESCENA ÚLTIMA

Sale el GENERAL por la derecha, vistiendo un antiguo uniforme de general de Coraceros, apoyándose en el mismo bastón de antes. Viene animadísimo y nervioso.

GEN. (Mirando a la izquierda)

Parece que ya se han ido.
¡Ay qué dicha! ¡Qué placer!
Cómo he de gozarme en ver
a mi buen hijo querido.
¿Y será esto realidad
o será que lo he soñado?
Corazón, ¿habrás faltado
a tu constante lealtad?
Es necio dudar así
y seguir el pesimismo.
¿Los que lo han dicho ahora mismo
se iban a burlar de mí?
Yo que siempre he asegurado
la deseada victoria
sin querer mancho la historia
de nuestro bravo soldado.

(Se siguen oyendo continuos cañonazos).

No, que ahora estoy despierto,
escuchando los cañones
que alegran los corazones
cual voces en un concierto.
Quiero asomarme a la calle
porque se debe notar
en los hombres al pasar
el triunfo en algún detalle.

(Dudando). Si mi nieta me sorprende
puede pasar un disgusto,
pero mi deseo es muy justo
y cualquiera lo comprende.

(Se acerca al balcón y lo abre despacio, como para no hacer ruido, a fin de que no se entere la nieta)

Voy a ver si hay algún bando.
Mi capricho es bien sencillo,
pero estoy como un chiquillo
con inquietud y temblando.

(Asomándose). ¡Ay que triste soledad;
nadie en los balcones veo,
no consigo mi deseo
todo me causa ansiedad!

(Con angustia y desaliento).

Veo los balcones cerrados,
y las persianas echadas;
las puertas están cerradas...
¡Son presagios desgraciados!

(Fijándose con loco espanto).

¿Qué es eso? ¿Será verdad?
Sí, son blancas las banderas;
esas son las verdaderas
muestras de pedir piedad.
¿Gran Dios, estaré en el sueño
que con el torpe terror
me está quitando el honor
de ser de Berlín el dueño?

(Con angustia infinita).

¡Ah! ¡Mi corazón me engaña!
¿Qué es aquella turba informe
que viste aquel uniforme
que tanto mi vista daña?

(Se perciben los claros compases de la marcha de Schubert).

Y esa música que tocan
y esos rostros extranjeros...
¡Son prusianos altaneros
que mi fiero odio provocan!
Nadie se opone al avance
ni salen a la defensa.
¡Nadie impide que la ofensa
de la deshonra me alcance!

(En el arrebatado delirante de su alma muerta, queriendo coger la tercerola de la panoplia, sin conseguirlo).

¡Armas, quiero combatir!
¡Armas, que sé pelear!
¡Armas, que quiero matar!
¡Armas, que quiero morir!

(Cae desplomado en el sillón y se oyen muy cerca los hermosos compases de la mencionada Marcha).

TELÓN LENTO Y FIN.

PALIQUE...

Diálogo andaluz.

PALIQUE...

DIÁLOGO ANDALUZ.

(Patio de una casa de vecinos. En uno de los cuartos o partidos se festeja un bautizo. En el patio toman el fresco una sevillana de esas que dan la vida a los desahuciados y cerca de ella templea la guitarra uno de esos pelmas que da la tierra).

ELLA. (*Cansada de oirle*). — Oiga, mosito. ¿Está usted espantando las ratas?

EL. ¿Por qué, mi arma?

ELLA. Como lo veo con ese senserro...

EL. Y usted ha venío a oirlo. ¿no?

ELLA. Huyendo del caló de la fiesta. Miste cómo estoy. (*Acercándose*).

EL. (*Fijándose*). — Güena, pero güena, pero mu güena.

ELLA. Hijo, si digo por el suó. Estoy empapaita.

EL. Pue haberse vestío de papé secante.

ELLA. ¡Hay qué gracioso!

EL. (*Acercándose*). — ¿Usted me cree así?

ELLA. ¿Yo? Si es usted más esaborío que los huevos fritos sin sá.

EL. (*Picado*). — Grasia por la lisonja, reina. — (*Vuelve a templar*).

ELLA. No he estudiao pa tanto. — (*Al escuchar la guitarra*). — Pero calle usted ese instrumento, que está más pesao que una parroquia en día de difuntos.

EL. No hay que apurarse. Ya se ha queao múo y no le doy habla hasta que lo mande usted, mi reina. — (*Soltando la guitarra*).

- ELLA. ¡Ay, qué fuerte le ha entrao!
- EL. Si ma dejao usté electrisao.
- ELLA. A la moda, como está to hoy. ¿Verdad?
- EL. Así mesmito. Y ahora hase usté de mí lo que quiera.
- ELLA. ¿Sí?
- EL. A su antojo.
- ELLA. Hombre; de güena gana lo mandaría a Güenos Aires, pa ave
riguá si vive un primo mío.
- EL. Por usté voy yo, no digo a Güenos Aires, sino a la fin del
mundo, manque fuera a pie cojito.
- ELLA. ¿Con tó ese trabajo?
- EL. Pa mí eso no es ná.
- ELLA. Pero sería una lástima, porque se le gastaría un solo pié y se
quearía usté imperferto.—(*Remedando la cojera.*)
- EL. Na, que me está tomando er pelo.
- ELLA. Es un consejo.
- EL. Tengo esa mala pata. No hablo con una que no sea así.
- ELLA. Entonse se le estará cayendo.
- EL. No, pero lo tengo lasio de tanta güasa. Misté.—(*Enseñando el pelo.*)
- ELLA. Pue júntese usté cola, que es mu güena.
- EL. (*Acercándose más*).—De vera, nena.
- ELLA. Sí, nene. Pero haga usté el favó de retirarse un poquito, que
hase caló.
- EL. ¿Quié usté un baño en la fonda e Madrí, mi arma?
- ELLA. Grasia por la intensión.
- EL. Es de corasón tó lo que digo.
- ELLA. ¡De corasón! ¡Chufbonsillo!
- EL. ¿Yo? Si soy más serio que un arsobispo.
- ELLA. Entonse ¿por qué no ha estudiao usté pa cura?
- EL. Porque yo no he nasío pa eso, sino pa otra cosa.
- ELLA. ¿Pa qué?
- EL. Pa que un cura que no sea este—(*Señalándose él*)—nos ama
rre a los dó pa toa la vía.
- ELLA. Eso es hablá mu depriosa.
- EL. Si quié usté se lo diré por entregas toas las semanas.
- ELLA. ¿Eso es de formá?
- EL. Tan de formá como que hay un só y una luna.
- ELLA. ¿Está usté seguro de que lo hay?
- EL. Como que lo estoy viendo ahora mesmo. Pa qué má só que
usté, que nos alumbra a tóos.
- ELLA. Y usté es la luna, ¿nó?
- EL. Lo que usté quiera. Con tá de que haya eclirse.
- ELLA. ¿Y si no lo hubiera?
- EL. Me moría más pronto que un gusano e sea.

- ELLA. Hijo, no tanto. Ahora lo que debemos hasé, es entrá en la fiesta pa que no mormuren.
- EL. Güeno. Pero... me va usté a dar una limosnita de baile cuando entremos.
- ELLA. Si usté se empeña lo socorreré.
- EL. Y este braso, ¿lo armite usté, mi arma?
- ELLA. Sí, corasón.—(*Aceptándolo*).
- EL. ¡Ole mi tierra que es donde está toa la grasia y donde está la mujé de ojos más bonitos que ha nasío en tó el orbe.
- ELLA. (*Riéndose*).— ¡Esagerao!
- EL. ¡Ole ese cuerpo que lleva la marca der barrio!—(*Entran en la fiesta*).

TELÓN.

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN...

PERSONAJES

MAGDALENA . . .
LUISA
P. JACINTO . . .
JUANELO. . . .
RAMONCITO . . .
NIÑO

LA ACCIÓN EN UN PUEBLO ANDALUZ
ÉPOCA ACTUAL

(Las indicaciones del lado del actor.)

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN...

ACTO ÚNICO

Corredor o patio de la casa del párroco en un pueblo andaluz. La puerta foro, es la entrada de la casa por el corralillo, que al abrirse dejará ver en el forillo la puertecilla falsa que conduce al campo. La puerta lateral derecha conduce al despacho del párroco, y entrada principal de la casa. La del izquierdo da acceso a las habitaciones interiores.

El decorado y mobiliario debe ser modesto, pero muy pulcro en todos sus detalles. Sillón grande; si es antiguo, mejor. Es de día.

ESCENA PRIMERA

**LUISA y MAGDALENA; ambas vestirán con sencillez.
Están sentadas.**

- MAGDA. (*Dejando la labor en una canastilla.*)—¿Y qué me dices de tu deseado viajito a la capital? Traerás impresiones más favorables...
- LUISA. Hija, por desgracia no traigo ninguna. Mi suerte es la misma en la capital que aquí.
- MAGDA. Pero ¿ni siquiera un pretendiente?
- LUISA. Ni un aspirante a serlo.
- MAGDA. ¡Parece mentira!
- LUISA. Pero es la verdad. Y en cambio vuelvo, y me encuentro con que tú que no los necesita, los tiene por racimos. Cuando llegué creí ■ pasaría algo en la casa.
- MAGDA. Es mi constante mortificación; y créeme, que no salgo a ninguna parte por no llevar escolta.
- LUISA. Te conozco y lo comprendo. Lo que a algunas le sobra a otras le falta. Si yo tuviera esa escolta, no la licenciaba nunca.

- MAGDA. Si en mí estuviera, te la traspasaba. Pero no hay mas que tener paciencia y aceptar esa desproporción.
- LUISA. ¿Y tú que me dices de tu mirlo blanco? .
- MAGDA. (*Interrumpiéndole con recelo.*)—Calla, que las paredes oyen.
- LUISA. ¿Todavía no lo sabe tu tío Jacinto?
- MAGDA. Y creete que temo decírselo sin saber porqué.
- LUISA. Y él ¿te escribe con frecuencia?
- MAGDA. Sí, y el plazo de su vuelta expira pronto. Dijo al marcharse que volvía a los dos años con porvenir y vuelve, vaya si vuelve. Nada tengo tan seguro como eso; Juanelo vuelve pase lo que pase.
- LUISA. ¡Ay! Me da una alegría verte con esa seguridad, que te deseo con toda mi alma. y Dios quiera sea para tu bien.
- MAGDA. Calla, que ya está aquí el *bú* de estas cosas. No le hables de eso, porque ya tendríamos el día de Purgatorio, como él dice.
- LUISA. Descuida.

ESCENA SEGUNDA

El Padre JACINTO por la derecha.—Es un venerable y noble sacerdote. Sin fijarse en Luisa.

- P. JACINTO A ver si me dejan un rato tranquilo.
- LUISA. (*Rápida se acerca y le besa las manos.*)—¡Padre Jacinto!
- P. JACINTO. (*Con satisfacción.*)—¡Luisita! ¿Tú por aquí otra vez?
- LUISA. Aquí me tiene usted para servirle como siempre.
- P. JACINTO. Eso te digo yo; pues esa es la obligación de todo el que viste estos hábitos; servir a todos y mirar al prójimo mejor que a uno mismo.
- LUISA. Muchas gracias, padre. ¡Qué alegría me da siempre al verlo! Y es que acude a mi memoria el grato recuerdo, de que por usted se colocó mi hermano en el empleo del cual vivimos, y sin querer se salen las lágrimas y se tienen que besar esas manos que no saben hacer otra cosa sino levantar al caído y dar vida a quien se le consume...
- P. JACINTO. (*Interrumpiéndola con cariño.*)—¡Ea, ea! Basta de recuerdos. y a dejar las cosas que pasaron para ocuparnos de otras nuevas y presentes. ¿Porque tú traerás algo por aquí?
- LUISA. No señor. Solo el gusto de saludarle. y el de abrazar a su sobrina Magdalena. a la que tanto quiero.
- P. JACINTO. Y tu madre, ¿se puso bien del todo?
- LUISA. Del todo... todavía no.
- P. JACINTO. ¿Y no se ponen los medios?
- LUISA. Sí... los que están a nuestro alcance, pero... lo que ahora ha mandado el doctor, eso es imposible...
- P. JACINTO. ¡Imposible! Esa palabra no la tiene mi diccionario. Con buena voluntad todo se consigue. ¿Qué le ha mandado el doctor a tu madre?
- LUISA. Los baños de Alhama. Ya ve usted.

P. JACINTO. (*Con regocijo.*)—¿Tú ves cómo no es un imposible? Yo no tengo ahora mucho dinero, porque la feligresía me lo tiene agotado.

MAGDA. Verdad. Las penas del prójimo nos arruinan.

P. JACINTO. (*A Magdalena.*)—Cállate tú.—(*A Luisa.*)—Digo que no tengo dinero, pero ya estudiaré yo la manera de que tu madre no se quede sin los baños.

LUISA. (*Con gozo infinito.*)—¡Ay! Gracias, padre, gracias. No sé con qué pagar tantas cosas buenas.

P. JACINTO. No pienses en eso, Luisa.

MAGDA. Sí, y a los feligreses que le deben dinero, no les hace falta más que esa predicación.

P. JACINTO. Déjalo, mujer, déjalo. Dios lo dará por otro lado. Me horripila el oficio de prestamista aunque sea sin intereses.

MAGDA. Así no lo dejan, y esta casa es un jubileo de peticionarios, y el pobre no descansa.

LUISA. Eso es matarse y arruinarse, padre Jacinto.

P. JACINTO. Sí, lo comprendo. Ya estoy viejo y cansado, y me da pena ver que los que podían muy bien ayudarme no me ayudan. Ahí tienes al ricacho de D. Félix, que ha mandado diez mil pesetas a Su Santidad para la fundación de una escuela en Roma, y no se le ocurre fundarla en su pueblo natal, que es donde más falta hace.

LUISA. Verdad.

P. JACINTO. Pero este constante visiteo y ese diluvio de peticiones es mi mayor satisfacción. Ahora vino una pobre mujer que no puede criar a su chico, pidiéndome que yo le de la vida...

MAGDA. (*Sin poder contenerse.*)—¡Hasta de ama de cría!

LUISA. Y usted en todo transige y nada niega.

MAGDA. (*Comentando.*)—Si ha venido la Paca, la mujer de ese anarquista que trae el pueblo revuelto con sus predicaciones de igualdad, pidiéndole a mi tío que le ayude a pagar el recibo de la casa.

LUISA. ¡Jesús!

P. JACINTO. (*Con satisfacción.*)—Eso mismo.

MAGDA. ¿Cabe mayor descaro?

LUISA. Y usted ¿qué le ha dicho, padre?

P. JACINTO. Que vuelva mañana, pero con el anarquista; y así como él trata de convencer valiéndose del terror, yo trataré de convencerlo a él con el amor, pues es un arma más poderosa.

MAGDA. Y será muy capaz de favorecerlo.

P. JACINTO. Y no es cosa para sorprenderse tanto...

MAGDA. (*Interrumpiéndole.*)—No... aquí todo el que te conozca está ya curado de espanto. Y te pedirán la casa, y la darás, y dormiremos al raso, y vendrá Ramoncito, mi primo, que es una sanguijuela, y acabará por pedirte un sueldo por ser padre de una abundante prole, que es todo el mérito que tiene hecho ese angelito.

P. JACINTO. Por cierto que hace ya tiempo que no viene por aquí.

MAGDA. Pronto vendrá, porque ese no falla; a su mujer la ví ayer pasar por aquí, y no podía andar, así es que pronto lo veremos solicitando su acostumbrado extraordinario, que no sé por qué le da ese nombre.

LUISA. Es usted un verdadero santo, padre Jacinto. Debía estar en un altar de su iglesia. Otros con menos razón lo están. Y ahora, loca de alegría, voy a notificar a mi madre su nuevo rasgo de caridad. Tiene usted un corazón que ese sí que no se agota nunca; el dinero debía ser lo mismo para quien como usted sabe emplearlo. Adiós Magdalena.—(*Besándola*).—Mañana vendré otro rato; y a usted,—(*por el Padre Jacinto*).—le traeré una fuente de natillas de esas que yo hago que tanto le gustan.

P. JACINTO. Eso no; no quiero sacrificios.

LUISA. No llame usted sacrificios a esas miserias. Y aunque lo fueran, pídamelos usted, que yo los hago con toda mi alma. ¿Qué soy yo al lado de los milagros que hace usted?—(*Le besa las manos*.)

P. JACINTO. Adiós, mujer, y perdona ya a San Antonio, y sácalo al pobre del pozo, que de todo me entero.

LUISA. (*Sorprendida*).—¡Ah! ¿También lo sabe? Pues lo sacaré. ¿Qué quiere usted más? Si me pide que sea monja, mañana me corto el pelo.

P. JACINTO. (*Riéndose*).—No tanto, chiquilla, no tanto.

LUISA. (*Ya cerca de la puerta derecha*).—Hasta mañana, padre Jacinto. Y tenga usted presente que el agradecimiento va a echar raíces en mí, porque me ha sembrado el alma de beneficios. ¡Pídame que sea su esclava y lo seré! Así, así debían ser todos los sacerdotes.

P. JACINTO. ¡Adiós!—(*Vase Luisa*.)

ESCENA TERCERA

Dichos, menos Luisa. Magdalena coge otra vez su costura que después soltará al hablarle con interés el Padre Jacinto.

P. JACINTO. ¡Qué corazón más noble el de Luisa! Es toda verdad.

MAGDA. Nos quiere como si fuéramos de su familia.

P. JACINTO. No todos van a ser ingratos. Hay excepciones muy numerosas y puras que dan goce infinito al espíritu.—(*Cambiando el tono y con gran interés*).—Bueno. Y ahora que nos hemos quedado solos y a mí me dejan descansar, voy a cumplir una gran misión, pues tengo que celebrar una importante consulta contigo.

MAGDA. (*Sorprendida*).—¿Una consulta?

P. JACINTO. Sí; y que según mi corto criterio es de satisfactorio resultado para tí.

MAGDA. (*Impaciente*).—No comprendo, tío.

P. JACINTO. ¡Qué torpe! ¿Qué alegría preferente puede tener la mujer?

MAGDA. (*Más impaciente*).—Dígalo ya, tío, y no pregunte.

P. JACINTO. ¡Santa torpeza al canto! O es que quieres que te regale el oído. Pues allá voy. ¿Tú quieres casarte?

MAGDA. (*Ocultando su impulso de alegría*).—¡Vaya con la preguntita!

P. JACINTO. Sí, ¿no es eso?

- MAGDA. Las mujeres no esperamos otra cosa, las que no tenemos vocación para el claustro... Y yo creo que no la tengo.
- P. JACINTO. Lo comprendo. Es vuestra carrera. Después hay quien regalaría el título con dinero encima.
- MAGDA. Bueno. ¿Y a qué viene todo eso?
- P. JACINTO. No estarás ignorante de que entre los que te pretenden figura Eduardo Lozano. Me ha solicitado permiso para entrar en casa, y piensa casarse muy pronto.
- MAGDA. No lo quiero, tío.
- P. JACINTO. (*Con curiosidad.*)—Entonces, ¿cual?
- MAGDA. Ninguno. Me callo.
- D. JACINTO. Dime la verdad, Magdalena. No me ocultes nada, que sabes que eso me enoja y hasta me ofende. ¿Tienes un candidato desconocido para mí?
- MAGDA. (*Con miedo.*)—Desconocido, no. Pero... no quiero que pase usted el día en el Purgatorio. Otro día se lo diré.
- P. JACINTO. Hoy no me enfado por nada, si eres franca conmigo y me descubres los rinconcillos de tu pecho.—(*Dándole con cariño en el rostro.*)—Dime la verdad, picaruela.
- MAGDA. (*Pulsándole el humor.*)—¿No se enfadará?
- P. JACINTO. No me enfado, te lo prometo solemnemente.
- MAGDA. (*Decidida.*)—Pues bien. Voy a sacar una cosa antigua que antes le molestaba mucho cuando se la hacía recordar...
- P. JACINTO. (*Mirándola fijamente con cierta severidad al adivinar el pensamiento de Magdalena.*)—¡Magdalena!
- MAGDA. (*Con temor al observar la mala impresión.*)—¿Sabe usted a lo que me refiero?
- P. JACINTO. (*Secamente.*)—Sí.
- MAGDA. (*Mirándole.*)—¡Ay qué seriedad!
- P. JACINTO. (*Conteniendo su impresión.*)—Porque ese recuerdo me trae un sabor amargo que me entristece
- MAGDA. (*Con zalamería.*)—Y me prometió usted solemnemente que no se enfadaría.
- P. JACINTO. Es verdad. Lo cumpliré. Habla y te escucharé con paciencia. Me dominaré al oír el nombre que desde hace tiempo creí lo habías olvidado.
- MAGDA. Ese sí que es un imposible.—(*El Padre Jacinto mueve la cabeza en sentido negativo.*)—El nombre de Juanelo, si no lo he pronunciado en tanto tiempo, ha sido para no mortificarlo a usted, pero mi corazón y mi pensamiento lo nombraban a todas horas.
- P. JACINTO. (*Con calma aparente.*)—Y ese silencio engañoso tenía apariencias de nuevos horizontes para tu felicidad.
- MAGDA. (*Interrumpiéndolo.*)—De mi desgracia dirá usted.
- P. JACINTO. En ese punto nunca nos ponemos de acuerdo.
- MAGDA. (*Animándose para el combate que se propone sostener.*)—Es en lo único que su sabia experiencia se equivoca, y en lo único también que me es imposible obedecerle.
- P. JACINTO. (*Sin poder contenerse.*)—¡Otro imposible, Santo Dios!—(*Dulcificando el tono.*)—Es que a tí te pasa con el cariño que le tienes a ese hombre que sueñas despierta y muchas veces nos creemos estar en la esfera en que se impresiona nuestro pensamiento, y nos vemos transformados en re-

yes, en genios o en millonarios. Y ese estado ilusorio se prolonga días y a veces años enteros; y cuando vestimos el modesto sayal, nos hacemos la torpe ilusión de que nos cubrimos con el magnífico manto de púrpura. Eso te pasa a tí con Juanelo, que siendo como es, te lo figuras un ser excepcional, propio para protagonista de cuentos de hadas. Abre los ojos de par en par, vuelve a la realidad diciendo: «Ese que yo quiero no es el poético ser excepcional, no hay púrpura en sus vestiduras; es el vulgarote Juanelo, que me ha buscado como punto de apoyo para distinguirse entre los demás Juanelos del pueblo.»

MAGDA. (*Inquieta.*)—Yo no me forjo esas ilusiones que usted dice; yo lo veo tal como es. Un hombre que me quiere con delirio, con devoción. ¿Usted censura eso?

P. JACINTO. Censuro su vehemencia para conseguir lo que se propone sin reparar en medios, y lo que procuro es hacerte ver que un cariño como el de Juanelo conduce fatalmente a la perdición.

MAGDA. (*Herida en lo más vivo.*)—¿Por qué?

P. JACINTO. Porque al encontrarse libre del freno de su buen padre, empezó su carácter vehemente a cometer toda clase de locuras para lograr tu cariño; por eso.

MAGDA. (*Deteniéndolo.*)—Locuras que le salían del corazón.

P. JACINTO. Creyendo hacer méritos, gastando en tí lo que en su casa originaba privaciones.

MAGDA. (*Rápida.*)—Yo creía que gastaba de lo suyo.

P. JACINTO. No. Lo de su padre. Un hijo de familia no tiene propio más que la vida, y eso hasta que Dios quiere.

MAGDA. Se privaba de todos sus gustos para demostrarme su cariño. Y gloria que yo pensase, gloria me traía sin yo poder evitarlo.

P. JACINTO. El que en caprichos malgastó lo que su padre reunió con mil trabajos; el que sumió en la miseria a su madre por satisfacer venales deseos, ¿puede hacer la felicidad de alguién? El que ha sido mal hijo, tendrá que ser mal esposo y peor padre.

MAGDA. (*Con honda angustia.*)—Tío Jacinto, no me mortifique usted así. Usted que mitiga las penas ajenas ahora me las está dando con creces.—(*Llora amargamente.*)

P. JACINTO. (*Vencido por el llanto de Magdalena.*)—No, no me llores. Yo no te doy penas. Trato de evitártelas. Si a pesa de lo dicho te empeñas en casarte con él, no me opondré porque comprendo que ya no puedes dominar el corazón. No hay remedio. Sea lo que Dios quiera. Y a él rogaré que a Juanelo lo ilumine y se enmiende.

MAGDA. Juanelo ha cambiádo. En América se ha hecho un hombre de provecho. Por algo le confiaron el cargo de cajero en la casa de banca donde está; y pronto volverá ofreciéndome un grato y seguro porvenir...

P. JACINTO. Pero, ¿piensa ya volver Juanelo?

MAGDA. (*Mostrando su alegría.*)—Sí, me señaló el plazo de dos años y en esta semana se cumple. Y él, estoy segura de que llega antes de cumplirse el plazo.

- P. JACINTO. ¿Y lo dices con esa seguridad?
 MAGDA. Sí, tío. Lo cumple.
 P. JACINTO. Me da miedo... Pero... Ánimo y adelante.—(*Abrumado.*)
 MAGDA. (*Magdalena se acerca con mimo al Padre Jacinto y le besa la mano.*)—(*Con zalamería.*)—Usted ve por lo que yo temía descubrirle los rinconcillos de mi pecho. Bien sabía yo que iba usted a pasar el día en el Purgatorio.
 P. JACINTO. (*Resignado.*)—No te preocupes; con tal que no lo pase en el infierno, me doy por satisfecho.

ESCENA CUARTA

Sale de la puerta foro un niño, que no es más que un monaguillo sin hábitos.—Después Ramoncito, un tipo altamente cómico.

- NIÑO. Señor Cura.
 P. JACINTO. ¿Qué traes?
 NIÑO. Su pariente, D. Ramoncito, espera su permiso para entrar.
 P. JACINTO. ¿Dónde está?
 NIÑO. Ahí está.—(*Señalando al forillo.*)—En la puerta del corralillo.
 P. JACINTO. (*Mal humorado.*)—Pero, ¿no te he dicho muchas veces que no quiero que entre nadie por ahí?
 NIÑO. (*Temiendo lo que le pueda pellizcar.*)—Se me ha olvidao.
 P. JACINTO. (*Levantándose y cogiéndole por una oreja.*)—¿Sí, verdad? Pero no se te olvida la manera y mañas para sacar las perras del cepillo.
 NIÑO. (*Que le llega ya a lo vivo.*)—¡Ay!
 P. JACINTO. (*Soltándolo.*)—En fin. Cuidadito y dile a mi pariente que entre.
 NIÑO. (*Huyendo.*)—En seguida.—(*Vase.*)
 MAGDA. ¡Qué inoportunidad de visita!
 RAMONC. (*En la puerta del foro.*)—¿Se puede?
 P. JACINTO. ¡Adelante!—(*El Niño entra también, cierra esta puerta y vase por la derecha.*)
 RAMONC. (*Besándole la mano.*)—¿Cómo está usted, tío?
 P. JACINTO. Bien, gracias a Dios. Esperando al que se acuerde de mí.
 RAMONC. Adiós, prima.
 MAGDA. Adiós, Ramón.
 RAMONC. ¿Estás mala?—(*Por no saber por dónde empezar.*)
 MAGDA. (*Extrañándole la pregunta.*)—Yo no. ¿Por qué?
 RAMONC. Porque todo el mundo está malo.
 P. JACINTO. Hay sus excepciones, Ramón.
 RAMONC. No lo dudo; pero la generalidad estamos muriéndonos. En casa, Ramoncito tiene bronquitis; Pedrito, sarampión; Sabinita, escarlata; Agustín, viruelas locas; Pepita, convulsiva....
 P. JACINTO. (*Nervioso, interrumpiéndole.*)—Cállate, por las Animas benditas y retírate un poco, que eres una infección enciclopédica.—(*Magdalena ríe, más que nada por ver alegre a su tío.*)

- RAMONC. Yo, también estoy malo.
- MAGDA. ¿Qué tienes?
- RAMONC. Calenturas intermitentes; y Sabina, la pobre, a las puertas de la muerte. Yo no sé cómo le ha abierto las puertas de la vida a la nueva servidora, que tienen ustedes desde hoy a las ocho y cuarenta y siete.
- P. JACINTO. Ya pareció aquello. Y ¿qué número hace este último alumbramiento? Porque yo he perdido la cuenta.
- RAMONC. El quince; la niña bonita. ¡Y la verdad es que la niña es preciosa!
- P. JACINTO. Hombre, y ¿te quedan ganas de fijarte todavía en la fisonomía?
- RAMONC. Dice usted bien; ya no me debían quedar. Pero ante todo, soy buen padre y me sacrifico en darle vida a mis hijos.
- P. JACINTO. Con la ayuda de este cura; porque tu vendrás como siempre, por tu acostumbrado extraordinario
- MAGDA. (*A su tío.*)—La pensión, debiera usted decir; cada vez que nace uno le señala usted un nuevo aumento, como si esto fuera la Casa Real.
- P. JACINTO. Una pensión por infante.—(*Se ríe.*)
- RAMONC. Y ésta espero que sea más extraordinaria que nunca, porque... no me atreví a decirlo al principio... pero han venido dos infantas.
- MAGDA. (*Harta de pensiones.*)—Pues bien podías pedirle las pensiones al Gobierno. ¡Pues vaya!
- P. JACINTO. (*Como siempre.*)—Déjalo mujer. Si el pobre no lo puede remediar.—(*Se levanta*)—Ven a mi despacho y te llevarás lo poco que hoy me queda. Pronto te buscaré una colocación en el Norte; pero tu mujer se queda en el Sur y me darás las gracias.
- RAMONC. Sí, se las doy. Y usted disponga de mí a su antojo.---
(*Vanse por la derecha, Ramón detrás.*)

ESCENA QUINTA

Magdalena sola.—Después Juanelo.

- MAGDA. Y lo favorecerá y mañana quizá no tengamos para comer ¡Esto es inaudito! Me lo manejan como si fuese un niño. Eso es pasarse de bueno. Y conmigo es injusto y severo.. ¿Injusto? Yo no sé como calificarlo.—(*Llora.*)—¡Y dicen que a esta edad no se sufre!
- JUANELO. (*Desde dentro, por el foro.*)—¡Magdalena!
- MAGDA. (*Sobresaltada y nerviosa.*)---¡Ay! ¿Estoy soñando?
- JUANELO. (*Dentro, grita otra vez.*)---¡Magdalena!
- MAGDA. (*Con alegría infinita.*)---Sí, es él. No hay duda.---(*Abre el cerrojo de la puerta foro, nerviosa.*)--(*Aparece Juanelo, que viste con lujo, quien abre los brazos en los que se arroja Magdalena.*)---(*Con gozo febril.*)---¡Juanelo!
- JUANELO. ¡Magdalena mía!

- MAGDA. Sí, tuya como siempre. ¡Pase lo que pase!---(*Llora sobre su pecho desahogando sus penas.*)
- JUANELO. ¿Por qué dices eso? ¿Por qué lloras de esa manera, Magdalena?
- MAGDA. (*Separándose.*) --Por algo me pusieron ese nombre.
- JUANELO. Pues no hay que llorar sino reír mucho. ¿No te dije que venía? Pues aquí me tienes, para conseguir nuestra felicidad. Si no he pensado en otra cosa. Si apenas llegué a Nueva-York, hace dos años, tuve por seguro que volvía antes de cumplir el plazo. Toda mi voluntad, todo mi esfuerzo, todas mis facultades las puse en juego y no he cesado de buscar los medios para llegar aquí lo antes posible; mi vehemente afán de siempre, aquí me trae a ofrecerte mi vida para unirla a la tuya. El plazo que te fijé está cumplido.
- MAGDA. Me tienes confusa. Debía estar contenta y no lo estoy.
- JUANELO. Pues no hay motivo para otra cosa. Yo no puedo contener la satisfacción y el gozo, sólo al pensar... que nuestro casamiento va ser muy pronto. Y que será sonado. En el pueblo no se conocerá otro igual. Muchas de las galas y alhajas que adornarán tu codiciado cuerpo, las traigo ya conmigo.
- MAGDA. (*Satisfecha.*)--Todas esas galas y alhajas me sobran a tu lado.
- JUANELO. (*Siguiendo su delirio.*)--No te faltará un detalle para igualarte a la más encumbrada duquesa. El coche lo haré adornar con flores tan puras como tú. La iglesia echará a vuelo las campanas, por algo es tu tío el párroco; y por dentro parecerá un ascua de oro cada altar y las paredes vestidas de rojo terciopelo arrojarán vivos resplandores al recibir las brillantes claridades de mil llamas, para que parezcas a todos lo que eres para mí: un ángel que envía Dios como muestra para que conozcan la gloria celestial. Y a tí, ¿qué voy a decir?; que no te faltará ni gloria que me pidas, porque por ella voy yo, para que conozcan allí el cariño de tu Juanelo.---(*Le abraza otra vez.*)
- MAGDA. (*Admirada y más viendo el lujo que trae*)---Y ¿cómo has conseguido todo eso?
- JUANELO. Con mi voluntad y con el loco cariño que te tengo.
- MAGDA. ¡Y decías que tenías mala suerte!
- JUANELO. La mala suerte es un enemigo poderoso y hay que buscar la astucia para vencerlo... Y yo... lo he vencido.
- MAGDA. ¿Cómo? Explícame.

ESCENA SEXTA

**El Padre Jacinto por la derecha, sin reparar en Juanelo.
Viene excitadísimo y arruga un papel entre sus manos.**

JACINTO. ¡Maldito papel! El día de hoy es de infierno.

MAGDA. (*Sobrecogida.*)---¡Mi tío!

JUANELO. (*Sorprendido.*)---¡Don Jacinto! ¡Padre Jacinto!

P. JACINTO. (*Al verlo hace un gesto horrible.*)---¡Ah, Juanelo!

JUANELO. (*Humilde.*)---Yo soy.

P. JACINTO. (*Aparte.*)---Calma.---(*Alto.*)--- Me ha sorprendido este encuentro.

JUANELO. Perdón le pido por haber entrado por aquí.---(*Señalando al foro.*)---Estaba abierta la puerta del corralillo y...

P. JACINTO. (*Interrumpiéndole con tono severo.*)---Los hombres que como tú, vienen con buena intención no deben buscar para entrar la puerta falsa.

JUANELO. (*Con humilde temor.*)---Perdón le pido nuevamente. El deseo de llegar a verla lo antes posible tiene disculpa.

P. JACINTO. (*Con intención.*)---La vehemencia de siempre te hace olvidar la entrada de los nobles. Si hubieras entrado por ella te hubieras encontrado con mis brazos. Pero mientras tú entrabas por la falsa, por la grande y legal entraba la verdad, que como descubridora de lo aparente siempre es amarga...

JUANELO. (*Queriendo retar, pero sin fuerzas.*)---¿Qué quiere usted decir?

P. JACINTO. (*Con enérgica intención.*)---¿Y tú lo preguntas?

MAGDA. (*Defendiéndolo, ciega como siempre.*)---¿Así lo recibe el Padre de almas?

P. JACINTO. (*Guiado por la verdad.*)---Así recibo a las almas pecadoras para redimirlas.

JUANELO. (*Animado por Magdalena, reconviniendo.*)---¡Padre Jacinto!

P. JACINTO. (*Sin poder seguir la farsa y mirándolo hasta que éste baja la vista.*)---¡Juanelo! Me duele el alma tener que descubrir lo fatídico.---(*Dándole el pliego que antes arrugaba al entrar.*)---¡Toma!---(*Juanelo lo coje. Al fijarse en él se impresiona, pero lo disimula, arrugándolo a su vez y baja la cabeza.*)---(*Magdalena trata de arrebatárselo, pero el Padre Jacinto la detiene y Juanelo retrocede un paso.*)

MAGDA. (*Confusa y angustiada.*)---¿Qué es eso?---(*Pausa.*)

JUANELO. (*Con desaliento infinito.*)---Lo inevitable. ¡Qué pronto se ha sabido!

MAGDA. (*Desbordando su violenta desesperación sobre el Padre Jacinto.*)---Su locura nos está contagiando, tío.

P. JACINTO. (*Con bondadosa calma.*)---¡Locura! Estos viejos ojos de loco, los debían tener todos los vehementes que se tienen por cuerdos.

JUANELO. (*Arrepentido.*)---¡Verdad!

ESCENA ULTIMA

El niño de la escena anterior, entra rápidamente por la derecha.

NIÑO. (*Asustado.*)---¡Señor cura! Tres hombres desconocidos preguntan por Juan Robles, y dicen que vienen por él...

MAGDA. (*Con angustia desesperada.*)---¿Por Juanelo?

JUANELO. (*Resignado, pero con amarga pena.*)--Lo quiere el destino.

P. JACINTO. No, tú lo has querido. Nadie te obligaba a cometer el desfalco.

MAGDA. (*Se arroja en el sillón, llorando desconsolada, al comprender la triste realidad.*)---¡Dios Santo!

P. JACINTO. (*En actitud de súplica.*)---¡Protégenos!

JUANELO. (*Por terminar el duro trance.*)---¡Adiós, Magdalena!

MAGDA. (*Cuando Juanelo se dispone a hacer el mutis, se levanta rápida, abrazándose a su cuello y sujetándolo para que no salga.*)---¡No! ¡No!

JUANELO. (*Separándola con cariño.*)---El castigo y la penitencia me enseñarán a vivir. Sígueme queriendo igual.. Adiós, hasta cuando vuelva.

MAGDA. (*Resignándose a sufrir o a morir.*)---¿Cuándo?

JUANELO. (*Con pena, pero con tono seguro.*)---Ahora no pongo plazo. Cuando lo quieran Dios y mi suerte.

P. JACINTO. (*Satisfecho y conmovido.*)---¡Así se dice!

MAGDA. (*Aceptando el sacrificio y considerando que no hay justicia en el mundo para castigar las locuras de amor.*)--
¡Se lo llevan, se lo llevan, porque me quería!

JUANELO. (*Abrazando al Padre Jacinto con sinceridad y llorando sobre su hombro.*)---¡Perdón, Padre, perdón!

P. JACINTO. (*Disimulando su emoción y abrazándolo contra su pecho.*)--¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!

(*Magdalena se arroja con desesperación infinita otra vez sobre el sillón, tapándose el rostro con ambas manos; ésto cuando el Padre Jacinto empieza a decir las últimas frases; el niño queda en el fondo, secándose los ojos con la roída manga que lleva.*)

FIN Y TELÓN.

Re de errata.— En la página 32 y al final de la tercera línea, después de donde empieza la escena tercera, donde dice el *El Padre Jacinto*: «...Hay excepciones muy numerosas...», debe decir «...muy **honrosas...**», como el buen sentido del actor habrá subsanado.

“La Mundial Agraria”

SEGUROS

ARGUIJO N.º 7

— Sevilla —

FEDERICO MOLINÍ

FARMACIA

Tetuán, 4-Sevilla

“LA NUEVA PAZ”

Ultramarinos Finos

O'Donnell, 7

Sevilla

Hotel San Sebastián

MARTÍN VILLA, 3

•••• SEVILLA

JOSÉ G.^z DE EIRIS

Calígrafo-Dibujante

Amor de Dios, 3.--SEVILLA

Especialidad en pergaminos artísticos y dibujos para fotograbados

Neumáticos y Cámaras ingleses

RAPSON

CON CÁMARA DE AIRE REFORZADA

Contra Reventones y Pinchazos